ANTOLOGÍA

EL MAR EN LA POESÍA ESPAÑOLA DEL SIGLO XX

ANTONIO MACHADO

(Sevilla, 1875-Colliure, Francia, 1939)

(GLOSA)¹

*Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar,
que es el morir. ¡Gran cantar!*

Entre los poetas míos
tiene Manrique un altar.

Dulce goce de vivir:
mala ciencia del pasar,
ciego huir a la mar.

Tras el pavor del morir
está el placer de llegar.

¡Gran placer!
Mas ¿y el horror de volver?
¡Gran pesar!

(*Soledades*, 1907)

LA MAR ALEGRE

El casco roído y verdoso
del viejo falucho
reposa en la arena...
la vela tronchada parece
que aún sueña en el sol y en el mar...

El mar hierve y canta...

---

¹ En este homenaje intertextual se observa la temprana predilección machadiana por las *Coplas* de Jorge Manrique. Padre por excelencia de la imagen del *mar* en relación con la *muerte* y con lo *indistinto*.

El mar es un sueño sonoro
bajo el sol de abril.
El mar hierve y ríe
con olas azules y espumas de leche y de plata,
el mar hierve y ríe
bajo el cielo azul.
El mar lactescente,
el mar rutilante,
que ríe en sus liras de plata sus risas azules...
¡Hierve y ríe el mar!...

El aire parece que duerme encantado
en la fúlgida niebla del sol blanquecino.
La gaviota palpita en el aire dormido, y al lento
Volar soñoliento, se aleja y se pierde en la bruma el sol.
(*Soledades*, 1907)

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

(Moguer, 1881-Puerto Rico, 1958)

MAR

¡Sólo un punto!
    Sí, mar, ¡quién fuera,
cual tú, diverso cada instante,
coronado de cielos en su olvido;
mar fuerte -¡sin caídas!-,
mar sereno
-de frío corazón con alma eterna-,
¡mar obstinada imagen del presente!
(*Diario de un poeta recién casado*, 1916, 40)

“¡Oh mar, cielo rebelde
caído de los cielos!”
(*Diario de un...*, 164)

“MAR DE PINTOR (¿DE MÚSICO?)

A las dos de la tarde: Un movable y lucido brocado verde plata
A las seis y media: Los valles de espumas blancas se llenan de rosas.
A las siete y cuarto: Agua alta y verde. Antecielo de nubarrones azul
cobalto. Cielo gris. Trascielo de oro.
(*Diario de un...*, 165)

“No sé si el mar es, hoy
-adornado su azul de innumerables
espumas-,
mi corazón; si mi corazón, hoy
-adornada su grana de incontables
espumas-,
es el mar.

Entran, salen
uno de otro, plenos e infinitos,
como dos todos únicos.
A veces, me ahoga el mar el corazón,
hasta los cielos mismos.
Mi corazón ahoga el mar, a veces,
Hasta los mismos cielos.”

(Diario de un..., 190)

“MAR

¿Qué te tira del alma?
- Te vas adelgazando
como un arroyo que se va quedando
sin agua -.”

“EL DESVELADO

¡Mis ojos abiertos!
¡Llevadme a la mar,
a ver si me duermo!

Mientras estén lejos,
no se han de cerrar
mis ojos abiertos.

Llorarán recuerdos,
Hasta hacer un mar
de llanto y deseo.

Un mar sin consuelo,
que me ha de llevar
al desvelo eterno.

No imitan los besos,
ni el dulce cantar,
la ola y el viento.

¡La ola y el viento!

¡Llebadme a la mar,
a ver si me duermo!”

“EL PAJARITO VERDE

He venido,
Pero allí se quedó mi llanto,
A la orilla del mar,
Llorando.

He venido.
Pero no os serviré de nada,
Porque allí se quedó
Mi alma.

He venido.
Pero no me llaméis hermano,
que mi alma está allí,
Llorando.”

(Poesía, 1917-1923)

“RITMO DE OLA

Nube diamante
contra azul radiante;
verdor precioso
contra sol glorioso...
¡Viento de ardor,
ola de amor!

Corazón pleno
contra dios sereno,
sueño perdido
contra luz de olvido...
¡Sangre de olor,
ritmo de amor!

Paro del mundo
contra azul profundo;
cuerpo imponente
contra sol presente...
¡Fruto aún con flor
ala de amor!”

(La estación total, 1923-1936, 31)

PEDRO SALINAS

(Madrid, 1891- Boston, EEUU, 1951)

Ahora te quiero, como el mar quiere a su agua:
desde fuera, por arriba,
haciéndose sin parar
con ella tormentas, fugas,
albergues, descansos, calmas.
¡Qué frenesí es, quererte!
¡Qué entusiasmo de olas altas,
y qué desmayos de espuma
van y vienen! Un tropel
de formas, hechas, deshechas,
galopan desmelenadas.
Pero detrás de sus flancos
está soñándose un sueño
de otra forma más profunda
de querer, que está allá abajo:
de no ser ya movimiento,
de acabar este vaivén,
este ir y venir, de cielos
a abismos, de hallar por fin
la inmóvil flor sin otoño
de un quererse quieto, quieto.
Más allá de ola y espuma
el querer busca su fondo.
Esa hondura donde el mar
hizo la paz con su agua
y están queriéndose ya
sin signo, sin movimiento.
Amor
tan sepultado en su ser,
tan entregado, tan quieto,
que nuestro querer en vida
se sintiese
seguro de no acabar
cuando terminan los besos,
las miradas, las señales.
Tan cierto de no morir
como está
el gran amor de los muertos.

(Razón de amor, 1936)

Nadadora de noche, nadadora
entre olas y tinieblas.
Brazos blancos hundiéndose, naciendo,
con un ritmo

regido por designios ignorados,
avanzas
contra la doble resistencia sorda
de oscuridad y mar, de mundo oscuro.
Al naufragar el día,
tú, pasajera
de travesías por abril y mayo,
te quisiste salvar, te estás salvando,
de la resignación, no de la muerte.
Se te rompen las olas, desbravadas,
hecho su asombro espuma,
arrepentidas ya de su milicia,
cuando tú les ofreces, como un pacto,
tu fuerte pecho virgen.
Se te rompen
las densas ondas anchas de la noche
contra ese afán de claridad que buscas,
brazada por brazada, y que levanta
un espumar altísimo en el cielo;
espumas de luceros, sí, de estrellas,
que te salpica el rostro
con un tumulto de constelaciones,
de mundos. Desafía
mares de siglos, siglos de tinieblas,
tu inocencia desnuda.
Y el rítmico ejercicio de tu cuerpo
soporta, empuja, salva
mucho más que tu carne. Así tu triunfo
tu fin será, y al cabo, traspasadas
el mar, la noche, las conformidades,
del otro lado ya del mundo negro,
en la playa del día que alborea,
morirás en la aurora que ganaste.
(Razón de amor, 1936)

FEDERICO GARCÍA LORCA
(Granada, Fuente Vaqueros, 1898-1936)

Alta va la luna.
Bajo corre el viento.

(Mis largas miradas,
exploran el cielo.)

La Luna sobre el agua.

Luna bajo el viento.

(Mis cortas miradas,
exploran el suelo.)

Las voces de dos niñas
venían. Sin esfuerzo,
de la luna del agua,
me fui a la del cielo.

(Canciones. Nocturnos de la ventana)

CARACOLA

Me han traído una caracola.

Dentro le canta
un mar de mapa.
Mi corazón
se llena de agua,
con pececillos
de sombra y plata.

Me han traído una caracola.

(Canciones para niños)

ADELINA DE PASEO

La mar no tiene naranjas,
ni Sevilla tiene amor.
Morena, qué luz de fuego.
Préstame tu quitasol.

Me pondrá la cara verde
-zumo de lima y limón –
tus palabras – pececillos-
nadarán alrededor.

La mar no tiene naranjas.
Ay amor.
Ni Sevilla tiene amor!

(Canciones. Andaluzas)

MI NIÑA SE FUE A LA MAR...

Mi niña se fue a la mar,
a contar olas y chinas,
pero se encontró, de pronto,

con el río de Sevilla.

Entre adelfas y campanas
cinco barcos se mecían,
con los remos en el agua
y las velas en la brisa.

¿Quién mira dentro la torre
enjaezada, de Sevilla?
Cinco voces contestaban
redondas como sortijas.

El cielo monta gallardo
al río, de orilla a orilla.
En el aire sonrosado,
Cinco anillos se mecían.

(Canciones. Andaluzas)

VICENTE ALEIXANDRE

(Sevilla, 1898 –Madrid, 1984)

TIERRA DEL MAR

Habitaba conmigo allí en la colina espaciosa.
Vivíamos sobre el mar,
y muchas veces me había dicho:
“¡Oh, vivir allí los dos solos,
con riscos, cielo desnudo, verdad del sol!”
Y pude llevármela. Una casita colgaba
como despeñada, suspensa
en algunos poderosos brazos que nos amasen.

Allí habitábamos. Veíamos en la distancia
trepar a las cabras salvajes, dibujadas contra los cielos.
El rumor de la trompa lejana
parecía un trueno que se adurmiese.
Todo era vida pelada y completa.
Allí, sobre la piedra dorada por el sol bondadoso,
su forma se me aquietaba, permanecía.
Siempre temía verla desvanecerse.
Cuando la estrechaba en mis brazos
parecía que era sobre todo por retenerla.
¡Ah, cómo la comprobaba, suavidad a suavidad,
en aquel su tersísimo cuerpo que la ofrecía!

Lo que más me sorprendía era su dulce calor.

Y el sonido de su voz,
cuando yo no la veía,
me parecía siempre que podía ser el viento contra las rocas.
No había árboles. Apenas algún arce, algún pino.
A veces se templaba una loma con un ahogado sofoco.
Pero el cielo poderoso vertía luz dorada, color fuerte, templado hálito.

Lejos estaba el mar: añil puro.
Los cantiles tajantes parecían cuajados, petrificados de resplandor.
En la amarilla luz todo semejaba despedazado,
rodado, quedado, desde un violento cielo de júpiter.

Pero en la cumbre todo poseía templanza. Y ella
hablaba con dulzura, y había suavidad,
y toda la exaltación terrestre se aquietaba en aquel diminuto nudo de dicha.

Había días que yo estaba solo.
Se levantaba antes que yo, y cuando yo me despertaba
sólo un viento puro y templado penetraba mudo por la ventana.
Todo el día era así silencioso,
eterno día con la luz quedada.
Vagaba quizá por la altura, y cuando regresaba había como una larga fatiga en
sus ojos

Como un ocaso caído,
como una noche que yo no conociese.
Como si sus ojos no viesen toda aquella luz que nos rodeaba.

Por la noche dormía largamente, mientras yo vigilaba,
mientras yo me detenía sobre su velo intacto,
mientras su pecho no se movía.

Pero amanecer era dulce. ¡Con qué impaciencia lo deseaba!
Ojos claros abiertos, sonrientes vivían.
Y besos dulces parecían nacer, y un sofocado sol de lirio puro
penetraba por la ventana.

Siempre ida, venida, llegada, retenida,
siempre infinitamente espiada,
vivíamos sobre la colina sola.
Y yo sólo descansaba cuando la veía dormir dichosa en mis brazos,
en algunas largas noches de seda.

Tierra del mar que giraba sin peso,
llevando un infinito miedo del amor
y una apurada dicha hasta sus bordes.

(Historia del corazón, 1945-1953)

RAFAEL ALBERTI

(Cádiz, 1902-)

AEl mar. La mar.
El mar. (Sólo la mar!

)Por qué me trajiste, padre,
a la ciudad?

)Por qué me desenterraste
del mar?

En sueños, la marejada
me tira del corazón.
Se lo quisiera llevar.

Padre,)por qué me trajiste
acá?≡

(Marinero en tierra)

A Branquias quisiera tener,
porque me quiero casar.
Mi novia vive en el mar
y nunca la puedo ver.

Madruguera, plantadora,
allá en los valles salinos.
(Novia mía, labradora
de los huertos submarinos!

(Yo nunca te podré ver
jardinera en tus jardines
albos del amanecer!

(Marinero en tierra)

A(Qué altos
los balcones de mi casa!
Pero no se ve la mar.
(Qué bajos!

Sube, sube, balcón mío,
trepa el aire, sin parar:
sé terraza de la mar,
sé torreón de navío.

-)De quién será la bandera

de esa torre vigía?

- (Marineros, es la mía!≡
(*Marinero en tierra*)

MIGUEL HERNÁNDEZ
(Orihuela, Alicante, 1910- Alicante, 1942)

“Escribí en el arenal
los tres nombres de la vida:
vida, muerte, amor.

Una ráfaga de mar,
tantas claras veces ida,
vino y nos borró”

(*Cancionero y romancero de ausencias*, 1938-41, 26)

“No puedo olvidar
que no tengo alas,
que no tengo mar,
vereda ni nada
con que irte a besar”

(*Cancionero y romancero de ausencias*, 88)

“Que me aconseje el mar
lo que tengo que hacer:
si matar, si querer.”

(*Cancionero y romancero de ausencias*, 102)

BLAS DE OTERO
(Bilbao, 1916- Madrid, 1979)

LO ETERNO / LA TIERRA

Un mundo como un árbol desgajado.
Una generación desarraigada.
Unos hombres sin más destino que

apuntalar ruinas.

Rompe el mar
en el mar, como un himen inmenso,
mecen los árboles el silencio verde,
las estrellas crepitan, yo las oigo.

Sólo el hombre está solo. Es que se sabe
vivo y mortal. Es que se siente huir
-ese río del tiempo hacia la muerte-.

Es que quiere quedar. Seguir siguiendo,
subir a contramuerte, hasta lo eterno.
Le da miedo mirar. Cierra los ojos
para dormir el sueño de los vivos.

Pero la muerte, desde dentro, ve.
Pero la muerte, desde dentro, vela.
pero la muerte, desde dentro, mata.

...El mar -la mar-, como un himen inmenso,
los árboles moviendo el verde aire,
la nieve en llamas de la luz en vilo...

(Ángel fieramente humano, 1950)

UN RELÁMPAGO APENAS

Besas como si fueses a comerme.
Besas besos de mar, a dentelladas.
Las manos en mis sienes y abismadas
nuestras miradas. Yo, sin lucha, inerme,

me declaro vencido, si vencerme
es ver en ti mis manos maniatadas.
Besas besos de Dios. A bocanadas
bebes mi vida. Sorbes. Sin dolerme,

tiras de mi raíz, subes mi muerte
a flor de labio. Y luego, mimadora,
la brizas y la rozas con tu beso.

Oh Dios, oh Dios, oh Dios, si para verte
bastara un beso, un beso que se llora
después, porque, ¡oh, por qué!, no basta eso.

(Ángel fieramente humano, 1950)

ÁNGEL GONZÁLEZ

(Oviedo, 1925)

GEOGRAFÍA HUMANA

Lúbrica polinesia de lunares
en la pulida mar de tu cadera.
Trópico del tabaco y la madera
mecido por las olas de tus mares.

En los helados círculos polares
toda tu superficie reverbera...
bajo las luces de tu primavera,
a punto de deshielo, los glaciares.

Los salmones avanzan por tus venas
meridianos rompiendo en su locura.
Las aves vuelan desde tus colinas.

Terreno fértil, huerto de azucenas:
tan variada riqueza de hermosura
pesa sobre tus hombros, que te inclinas.
(Palabra sobre palabra, 1986)

Voz que soledad sonando
por todo el ámbito asola,
de tan triste, de tan sola,
todo lo que va tocando.

Así es mi voz cuando digo
-de tan solo, de tan triste-
mi lamento, que persiste
bajo el cielo y sobre el trigo.

-¿Qué es eso que va volando?
-Sólo soledad sonando.
(Palabra sobre palabra)

CANCIÓN DE INVIERNO Y DE VERANO

Cuando es invierno en el mar del Norte
es verano en Valparaíso.
Los barcos hacen sonar sus sirenas al entrar en el puerto de Bremen con
jirones de niebla y de huielo en sus cabos,

mientras los balandros soleados arrastran por la superficie del Pacífico
Sur bellas bañistas.

Esto sucede en el mismo tiempo,
pero jamás en el mismo día.

Porque cuando es de día en el mar del Norte
-brumas y sombras absorbiendo restos
de sucia luz-
es de noche en Valparaíso
-rutilantes estrellas lanzando agudos dardos
a las olas dormidas.

Cómo dudar que nos quisimos,
que me seguía tu pensamiento
y mi voz te buscaba –detrás,
muy cerca, iba mi boca.
Nos quisimos, es cierto, y yo sé cuánto:
primaveras, veranos, soles, lunas.

Pero jamás en el mismo día.

DOS HOMENAJES A BLAS DE OTERO

I

Resuena en tus palabras
un difuso clamor de verdades oscuras
cuando me las encuentro.

Rompen

en mi memoria, siempre
sonoras, firmes, claras,
como las olas de un mar poderoso
que sumerge y levanta,
sin devolver ni arrebatarse nunca del todo,
una realidad turbia y mutilada:
el tiempo, el tiempo ido.

A su conjuro,

entre gotas de sal y luz de agua,
con el tiempo
yo mismo,
restos recuperados de mi mismo
vuelven y configuran un fantasma
(...)
-casi olvidado ya- de la esperanza.

No todo se ha perdido;

vienen

LUIS ALBERTO DE CUENCA

(Madrid, 1950)

TRES MOMENTOS EN LA VIDA DE NINO, PRÍNCIPE DE ASIRIA

Pequeñas digresiones o naufragios
Plegad plegad las velas

Un arpa azul incienso seda límite
En Egipto: la cima del sol la lluvia roja

Babilonia Semíramis
Los onagros en celo de tu vestido de agua

LUIS ANTONIO DE VILLENA

(Madrid, 1951)

VIDA DE FILÓSOFOS ILUSTRES

Aprende que emanan efluvios de todas las cosas nacidas.
Que todo da luz. Que cada cosa inflama el aire de presencia.
El árbol esplende, el mar se irisa, los efluvios se cruzan.
Un cuerpo brota llamas, si se hace realidad desnuda
sobre la arena tibia. El río incita al agua. Al júbilo.
Todas las cosas lanzan al aire sus redes de deseos.
Y el hombre debe enredarse en ellos. Arder. Ser humo
y combustión y brasa y cellisca en sus breves días.
Unirse a todo cuerpo. Transmutarse en amor. No dejar
huir ningún deseo. Árbol o niña, joven o tigresa.
Arder en cada amor. Y amar todo deseo. Y ser,
al final, como Empédocles, fuego, fuego solo, fuego
en la alta cumbre, sagrada y estéril, del Etna...

(Hymnica, 1979)

LUIS GARCÍA MONTERO

(Granada, 1958)

ME PERSIGUEN

Me persiguen
los teléfonos rotos de Granada,
cuando voy a buscarte
y las calles enteras están comunicando.

Sumergido en tu voz de caracola,
me gustaría el mar desde tu boca
prendida con la mía,
saber que está tranquilo de distancia,
mientras pasan, respiran,
se repliegan
a su instinto de ausencia
los jardines.

En ellos nada existe
desde que te secuestran los veranos.
Sólo yo los habito
por descubrir el rostro
de los enamorados que se besan,

con mis ojos en paro,
mi corazón sin tráfico,
el insomnio que guardan las ciudades de agosto
y ambulancias secretas como pájaros.

(Diario cómplice, 1987)

ALMUDENA GUZMÁN

(Madrid, 1964)

Soy un racimo de uvas
y aguanto como puedo
este oleaje creciente de su boca
aguijoneándome al sol.

Hasta que estallo.

Exquisita pendencia la de mi boca y la suya
por ese dedo abeja que libó entre murmullos y distensiones golosas,
las sucesivas floraciones de mi anémona nocturna.

(Usted, 1986)